

den en que todo se hallaba. Con este propósito envió al general Beresford, especialmente encargado del mando de los portugueses, desde Coímbra á Lamego por Viseo. Proyectaba el general inglés dos cosas: interceptar el camino de Braganza y divertir al mismo tiempo la atención de la ciudad de Oporto, donde debía tener lugar la principal tentativa. Dirigió dos numerosas columnas, una á la izquierda por el litoral desde Aveiro á Ovar, y otra á la derecha por la vía interior de Agreda á Bemposta. La de la izquierda, llegado que hubo á Aveiro, tenía que atravesar unas dilatadas lagunas paralelas á la costa de Portugal y navegables, y Wellesley embarcó en ellas un numeroso destacamento, que, yendo á desembocar á Ovar, debía situarse á la espalda de la vanguardia francesa, formada de infantería y caballería y mandada por el general Franceschi. Mandó sir Arturo Wellesley á la columna de la derecha atacar de frente á Franceschi en cuanto las tropas desembarcadas en Ovar estuviesen en disposición de caer sobre sus espaldas.

Tuvo lugar este movimiento el 10 de mayo. El valiente general Franceschi, sorprendido y asaltado en todas direcciones, se condujo con la mayor serenidad; acometió, despreciando la metralla, á la infantería y á la caballería inglesa, hizo cuanto destrozo pudo y salió de aquel mal trance con gran felicidad. Esta sorpresa era una triste consecuencia de una situación merced á la cual los ingleses sabían cuanto pasaba entre nosotros y nosotros no sabíamos nada de ellos. El 11, nuestros destacamentos replegados á Oporto, en los arrabales de la orilla izquierda del Duero, repasaron el río, llevándose todas las barcas á la opuesta orilla.

Al parecer, advertido el 10 y el 11 por la presencia del mismo ejército inglés, hubiera debido el mariscal Soult reunir todos los heridos y enfermos, no ya en los hospitales de Oporto, sino en el camino de Amarante, y asegurarse de una manera positiva la posesión de esta última ciudad; pero el 11 no había aún dispuesto la salida de ningún herido, y sin tener seguridad alguna contaba con su instalación en Amarante. Esperó hasta el 12 para salir definitivamente de aquella ciudad, que tanto le dolía abandonar; y las únicas precauciones que tomó fueron echar al agua la pólvora que no podía llevarse, separar la gruesa artillería, que era imposible rodar, de la artillería de campaña para la cual tenía suficientes tiros, y proporcionarse con ésta un tren móvil de veintidós piezas. Era, pues, el día 12 el destinado para la marcha: el grueso del ejército estaba escalonado en el camino de Amarante por Balthar y la división Mermet repartida dentro de Oporto para cubrir la retirada.

Pero en la misma noche del 11 concibió Wellesley un proyecto que hubiera sido una extravagante osadía á no estar el general inglés tan perfectamente informado de lo que pasaba, cual fué atravesar el Duero á vista del ejército francés y rodear á Oporto en su presencia. Envío aquella noche dos batallones á Avintas, dos ó tres leguas más arriba de Oporto, con encargo de pasar el Duero sin que lo notasen los franceses, coger allí todas las barcas que encontrasen, y hacerlas bajar hasta Oporto antes de amanecer. Situóse él con el grueso de sus tropas en los arrabales de la orilla izquierda, oculto con los edificios, y esperó el momento de poner en obra

su plan, cuyo secreto no confió más que á los dos lugartenientes generales encargados de dirigir las columnas de ataque.

En efecto, el 12, al quebrar el día, habiendo recogido los dos batallones enviados á las órdenes de John Murray á Avintas el suficiente número de barcas y enviándolas hacia Oporto, las emplearon en desembarcar antes de amanecer unos cuantos batallones mandados por el teniente general Paget, el cual saltó en tierra de improvisado y con el mayor secreto en la extremidad superior de Oporto. Metió sus tropas en un edificio llamado del Obispado, que dominaba la orilla derecha, y después de bien ocupado aquel punto de desembarco, fué transportando por destacamentos el resto de la brigada Hill, en términos que llegó á ser enteramente de día y aún se ignoraba en el estado mayor francés lo que estaba pasando, sin querer dar crédito á las noticias recibidas de muchos testigos oculares. El general en jefe, en vez de ir á verlo con sus propios ojos, se fió al principio de los informes negativos de sus lugartenientes, á quienes después culpó de haberle engañado, y que en rigor tuvieron menos culpa que él, porque en casos semejantes la responsabilidad crece con el grado. A favor de esta primera incredulidad pudieron los ingleses poner algunos miles de hombres en la orilla derecha del Duero, tuvieron tiempo de establecerse en la ciudad de Oporto, y de allí á poco ni aun siquiera cuidaron de permanecer ocultos. Pero había acudido el general Foy en persona á reconocer el recinto, y convencido del peligro, recorrió velozmente los cuarteles, hizo á las tropas tomar las armas y dirigió el 17 ligero contra el edificio que habían ocupado los ingleses. Desgraciadamente no era fácil desalojar á éstos después de instalados allí, y fué enteramente inútil el tiroteo que se trabó con ellos. Entonces el general Mermet, que formaba con su división la retaguardia, dirigió sus tropas al mismo punto, resuelto á acometer á los ingleses con ímpetu y á arrojarlos al río; pero al encaminarse hacia la parte superior de la ciudad descubrió su centro, y aprovechando el teniente general Sherbrooke el abandono en que había dejado á Oporto por aquel lado, desembarcó rápidamente su brigada, y en un instante se llenó la ciudad de ingleses. Acometiéronse repetidas veces el valiente general Delaborde á la cabeza del 4.º de infantería ligera y del 15 de línea, los repelió hasta la margen del río, pero no pudo quitarles los edificios de que se habían enseñoreado y que les servían de apoyo. Fué herido, lo mismo que el general Foy, sin poder vengar el honor del ejército, mancillado con tan inaudita sorpresa.

Habiendo llegado las cosas á este punto, y hecha la intención de abandonar á Oporto, era ya inútil disputar entre torrentes de sangre una ciudad que no podía volverse á conquistar sino calle por calle, contra unas tropas que no cedían como los portugueses las posiciones que una vez habían tomado. Ciertamente quedaban en Oporto cerca de mil heridos y enfermos, depósito sagrado que debía salvarse á todo trance; pero hubiera sido menester poseer la ciudad muchos días todavía para poderlos sacar de allí, y eso no teníamos que esperar. Por esta razón se decidió la retirada después de una enérgica pelea que sostuvo el general Delaborde, y de una pérdida de varios centenares de hombres,

que el mariscal Soult y sir Arturo Wellesley valoraron luego con notable exageración. Lo más enojoso era tener que abandonar nuestros enfermos y heridos en poder del enemigo, dejando además en manos de éste el honor del ejército, dado que semejante sorpresa no tenía ejemplo en los anales de la guerra. Pero felizmente nos substituía en la dominación de Oporto una nación civilizada, y nuestros enfermos, que hubieran sido infaliblemente asesinados cayendo en poder de los insurgentes, no corrían ahora más peligro que el de quedar abandonados (1).

Retiráronse, pues, los nuestros el 12 por la noche á Balthar muy enojados unos con otros, los generales acusando al comandante en jefe por haber hecho posible con el abandono en que lo tenía todo la sorpresa de Oporto, y el comandante en jefe acusando á sus lugartenientes por haber ignorado que los ingleses empezaban á pasar el Duero. Lleváronse al culpable autor de las relaciones entabladas con el ejército enemigo, á quien el mariscal había hecho arrestar para formarle causa. Quería encargar de la custodia de Argentón al general Delaborde, pero á tal punto habían llegado las cosas que este general se negó á ello, alegando haber comprendido que lo que se trataba de hacer era soltar á aquel intrigante para echar tierra sobre lo que había pasado, y que él por su parte, á fuer de amante de la verdad, no quería hacerse responsable de semejante evasión. Efectivamente, Argentón, que era hombre listo, logró fugarse, y se pasó al campo inglés sin que fuese posible acusar á nadie de connivencia en este hecho, á pesar de que en el ejército se culpó á todo el mundo (2).

Llegado que hubo á Balthar aquella noche, supo el mariscal Soult otro suceso más enojoso todavía que el que había ocurrido por la mañana en Oporto. El general Loísón, no teniendo las fuerzas suficientes para abrirse paso por el Tamega y temiendo que le cortaran la vía de Oporto las numerosas tropas enemigas que se le habían puesto delante, había evacuado á Amarante; con lo que el camino de Braganza quedaba á merced de los ingleses. Esta nueva desgracia equivalía á una derrota, porque para volver á tomar la vía directa de Oporto á Túy por Braga, que hubiera sido cien veces preferible tomar desde el principio, había que regresar hasta muy cerca de Oporto, y podía naturalmente suponerse que habíamos de encontrarnos allí con el ejército inglés dispuesto á interceptarnos el paso. ¿Qué hacer, pues, para llegar al camino directo de Braga? Muchas razones había para renunciar á esta esperanza, atendido el estado actual de nuestro ejército, y no era fácil tomar partido alguno. Sin embargo, con un poco más de serenidad hubiera podido el mariscal Soult calcular una cosa que naturalmente ocurriría, pues á pesar de la sorpresa de aquella mañana no era de presumir que el general inglés hubiese trasladado ya todo su ejército desde una á otra orilla del Duero. Semejantes operaciones no se ejecutan nunca sino despacio, no te-

(1) El duque de Wellington obró dignamente en aquellas circunstancias. Pidió al ejército francés sus mismos cirujanos para que cuidasen á los heridos, concediéndoles salvoconductos para entrar y salir libremente. (N. del A.)

(2) A los pocos días fué capturado, juzgado y fusilado. (N. del A.)

niendo muy de antemano dispuesto todo lo necesario; ni aunque lo tuviese era probable que hubiera reconcentrado ya todas sus tropas á espaldas de los franceses en disposición de interceptar á éstos el camino de Amarante á Braga. Podía todo lo más una vanguardia hallarse en el punto de intersección de los dos caminos, en cuyo caso era muy de esperar que le arrollásemos. Verdad es que en semejantes situaciones no son las mejores contingencias las que suelen ocurrir al ánimo, sino las más contrarias, y que á una fe ciega en la fortuna suele suceder una completa desconfianza. Pero en el caso actual, más que en otro alguno, hubiera podido el mariscal Soult salir airoso mostrándose más confiado; porque Wellesley no hizo ocupar á Valongo, que es el primer punto militar pasado Oporto, hasta el día siguiente (13) por la mañana, y esto con una mera vanguardia, y sólo el 14 acudió allí personalmente á la cabeza de su ejército. El mariscal Soult, que no podía adivinar esta circunstancia, ni supo preverla, tomó una resolución desesperada.

Tenía delante una sierra escarpada, más allá de la cual se dilataba el camino de Braga, y mejor aún que el de Braga el de este punto á Chaves, sobre el que podía caer directamente sin bajar hasta Braga, logrando de este modo llegar á Chaves antes que las tropas del general Beresford. No habiendo dispuesto en Túy con anticipación preparativo alguno para el paso del Miño, tenía que subir hasta Chaves como la primera vez para atravesar el río por las montañas hacia Orense.

Pero para salvar esta sierra, que lleva el nombre de sierra de Santa Catalina, tenía que tomar por sendas sólo accesibles á las cabras y por donde los jinetes no podían pasar sino echando pie á tierra, ni los artilleros sino abandonando sus cañones. Era preciso por lo tanto resolverse á sacrificar toda la artillería: sacrificio humillante cual ninguno, exceptuando sólo el de entregar las armas; por cuanto no hay otro que sea más funesto á un ejército. Pero una vez tomada esta resolución tuvo Soult el mérito de cumplirla sin la menor pérdida de tiempo: mandó reunir inmediatamente su artillería y sus arcones, y los hizo volar, cuidando antes de que cada soldado cargase con cuantos cartuchos pudiera. Se quiso también entregar á su avidez parte del tesoro del ejército, pero no fué posible porque la mayor parte había llenado ya sus sacos; así que lo más considerable de la caja fué abandonado á la explosión que devoró la artillería.

Hecho este cruel sacrificio, tomamos la dirección de la escarpada sierra de Santa Catalina, hacia donde habíamos encaminado ya una cabeza de columna, y empleamos en atravesarla todo el día 13. Mucho padecieron los soldados en aquellos caminos, porque además de ir excesivamente cargados tenían que trepar por senderos casi intransitables. Finalmente llegamos aquella noche á Guimaraens, donde hallamos al cuerpo del general Loísón que se había replegado sobre esta ciudad al dejar á Amarante, y además los diversos destacamentos que habían evacuado el litoral bajo el mando del general Lorge. Quedaba por fin reunido todo el ejército y en disposición de tomar cualquiera dirección, merced al triste sacrificio de su artillería.

Muy cara nos salía esta ventaja para no sacar de ella todo el partido posible, sobre todo para no preservarnos

de la persecución del general Beresford, que, después de la ocupación de Amarante, podía encaminarse directamente por la vía de Chaves é interceptar de nuevo nuestra línea de comunicaciones. Marchamos sin detenernos sobre Salamunda y Ruivaens; renunciámos por mayor seguridad el pasar por Chaves, donde estábamos seguros de encontrar á los portugueses, que habían hecho prisionera la guarnición francesa de aquella ciudad, y nos dirigimos hacia Monte-Alegre, de donde podíamos ir á Orense por un camino más corto.

Pero pronto supimos que los sublevados cortaban los puentes y obstruían los desfiladeros para dar tiempo al general Beresford de alcanzar al ejército francés. Súpose, lo que era todavía más sensible, que el paisaje acababa de cortar el puente de Ponte-Novo y que se había emboscado en las cercanías para impedirnos el paso. Era menester vencer este obstáculo á toda costa ó resignarse á ser acometidos de flanco por el general Beresford antes de veinticuatro horas y antes de cuarenta y ocho por retaguardia por sir Arturo Wellesley. Encargóse de vencer esta dificultad el mayor Dulong, del regimiento de infantería ligera 31: eligió cien hombres, avanzó al puente á favor de la obscuridad, vió que estaba cortado y defendido por el paisaje; pero felizmente los sublevados habían dejado puestas para su uso dos soleras, y como el tiempo era malísimo y frío se habían apiñado dentro de una barraca donde sólo cuidaban de calentarse. Aprovechando el mayor Dulong aquel descuido, tan de la índole portuguesa, atravesó por las soleras con los valientes que capitaneaba, sorprendió la barraca donde estaban los portugueses descuidados, los pasó á todos á cuchillo, y libre ya de enemigos, se apresuró á restablecer el puente con el madeiraje que halló á mano. Al amanecer el día 16 encontró el ejército reparado el puente, y libertado ya de los desaciertos de sus jefes por la bravura de un oficial y una casualidad feliz, se halló en disposición de desfilar. Tropezó en breve con otro obstáculo en el puente de Misarella, cerca de la Villa-da-Ponte. Dentro de una estrecha garganta, por la cual apenas podían marchar de frente dos hombres y desde cuyas escarpadas alturas hacía fuego sobre nuestros soldados el paisaje, había un puente atajado con ramas y troncos de árboles que habían empezado á destruir los portugueses. Percibíase al mismo tiempo á espalda del ejército el tiroteo que comenzaba entre nuestra retaguardia y la vanguardia del general Beresford. No se necesitaba tanto para excitar el temerario arrojo de nuestros soldados. Lanzáronse denodadamente por aquella angostura despreciando el fuego que les hacían desde las alturas, barrieron las talas hechas por el enemigo, pasaron á cuchillo á los portugueses que defendían el paso y atravesaron el puente. Pero en la retaguardia ocurrieron desórdenes y perdimos parte de los bagajes, que conducíamos á lomo. Asomamos al otro lado muy consolados de aquella pérdida y llegamos por fin al camino de Orense, en cuya ciudad entramos el 19 de mayo, extenuados, descalzos y casi desnudos, por cabo de una marcha penosísima, agravada con las lluvias de primavera, inaguantables en aquel país, en que habíamos carecido hasta de víveres. Nuestro mayor pesar, además de la pérdida del material, era haber dejado en Oporto muchos enfermos, aunque confiábamos en que quedaban bajo la salva-

guardia del honor inglés y haber abandonado por los caminos muchos heridos y despeados á quienes seguramente el honor portugués no protegía, puesto que los sublevados los iban asesinando detrás de nosotros. A pesar de cuanto se ha dicho después, la capitulación de Cintra, que siguió á la batalla de Vimeiro, dada con tanta valentía aunque con desgraciada suerte, fué menos costosa á la gloria del ejército y á su número que la sorpresa de Oporto, seguida de la destrucción de nuestra artillería en Peñafiel y de esa malhadada marcha tan precipitada por entre las quiebras y desfiladeros de la provincia de Tras-os-Montes. El estado moral de nuestras tropas era correspondiente á su estado material: los soldados, aunque con los sacos llenos, se mostraban descontentos de sus jefes y de sí mismos, y aunque entregados á la indisciplina, severos como siempre con los que á tal estado los habían conducido. Sus sarcasmos contra la desvanecida corona de Oporto aumentaban la tristeza de aquel espectáculo.

En cuanto llegó á Orense tuvo el mariscal Soult que trasladarse á Lugo para libertar á esta ciudad, expuesta á los rebates de los sublevados de Galicia con la ausencia del mariscal Ney. Este mariscal, conociendo, como dejamos dicho, la necesidad de ahuyentar de Asturias al marqués de la Romana, había resuelto hacer una expedición por el principado de consuno con el general Kéllermann, dirigiéndose á Oviedo el uno por Lugo y el otro por León. En consecuencia, el primero debía marchar por el litoral y el segundo atravesar las montañas de Asturias que parten término con Castilla la Vieja. Los dos habían cumplido su palabra como valientes: el mariscal Ney, saliendo de Lugo con tres mil combatientes el 13 de mayo, al otro día de la sorpresa de Oporto, había tomado el nacimiento del Navia, y dejando á los españoles apostados á lo largo del litoral, los había envuelto abriéndose paso por espantosos despeñaderos, los había separado de Oviedo, había entrado en esta ciudad llevando arrolladas por delante sus partidas dispersas y sin poder salvarla de un comienzo de saqueo, consecuencia inevitable de una refriega trabada en las calles entre españoles y franceses. El marqués de la Romana, causa principal de las calamidades que afligían á aquel malhadado país, se refugió con unos cuantos oficiales á bordo de un buque inglés para ir á aplicar á otra parte su triste sistema de guerra. Encontráronse en Gijón considerables riquezas. El general Kéllermann por su parte salió de León, atravesó las montañas de Asturias, y bajando sobre Oviedo verificó su anexión con las tropas de Ney.

Mientras se llevaban á efecto estas operaciones combinadas, los sublevados gallegos, aprovechando la ausencia del mariscal Ney, acometieron á Lugo y Santiago. Acudió el mariscal Soult y los puso en dispersión é incorporósele el otro que, limpio ya de facciones el principado de Asturias, volvía apresuradamente á librar del bloqueo á las ciudades amenazadas. Cuando se juntaron los dos cuerpos de ejército comunicó el uno al otro los pormenores de la expedición de Oporto, y el del mariscal Ney los escuchó con disgusto y severa reprobación. Los veteranos de Ney, pobres, juiciosos, disciplinados, hicieron mofa de los soldados de Soult, jóvenes, no necesitados como ellos, indisciplinados y que no podían referir victorias que disculpasen su relajación. Justificá-

báse éstos rechazando sus faltas sobre sus jefes, á quienes acusaban de todas las desgracias del ejército (1) y era indudable que podían ocurrir desazones si los dos cuerpos permanecían juntos más tiempo. Sin embargo, el mariscal Ney, leal aunque arrebatado, se condujo con su compañero con toda la indulgencia propia de un buen hermano de armas. Abrió sus almacenes á las tropas de Soult para que repusiesen parte de lo que habían perdido, y cuidó muy particularmente de darle artillería en reemplazo de la suya que había tenido que abandonar.

Satisfechos así uno de otro, trataron los dos mariscales de la conducta que deberían seguir para mayor ventaja de las armas del emperador, como entonces se decía, y con verdad, puesto que más bien se trataba del engrandecimiento personal de Napoleón que del de la Francia, ya asaz comprometido con aquellas lejanas guerras. El mariscal Ney, después de haber guerreado por espacio de muchos meses en Galicia y Asturias, conservaba cerca de doce mil combatientes efectivos, y el mariscal Soult diez y siete mil, aun cuando ascendía al doble la fuerza nominal de uno y de otro. Con esta fuerza, que debía en breve aumentar con las altas de los hospitales, empleándola con sincera voluntad y sin sentimiento alguno de rivalidad, podían llevar á cabo la conquista de Asturias y Galicia, exterminar los sublevados, y batir también á los ingleses estrechándolos contra la mar si se obstinaban en permanecer en las riberas del Miño ó se arriesgaban á pasarlo. Si por el contrario sir Arturo Wellesley, como era probable, resolvía del Norte hacia el Sur de Portugal, para hacer cara á las maniobras de los franceses en el Tajo, uno de los mariscales, ó bien ambos á dos, podían dejar á Galicia, flanquear el Portugal por Castilla la Vieja, dirigirse desde Lugo á Zamora y Ciudad Rodrigo, caer juntos con el mariscal Víctor sobre el ejército británico y quitarle para siempre la gana de volverse á presentar en la península.

Esto mismo seguramente habría mandado Napoleón si se hubiese hallado en aquel teatro de nuestras campañas (así lo atestiguan sus instrucciones), y esto hubiera prescrito el estado mayor de Madrid teniendo seguridad de ser obedecido. Por de pronto los dos mariscales podían ejecutar espontáneamente la primera parte de este plan, purgando en pocos días la costa de Galicia de sediciosos é interceptando toda comunicación con la marina inglesa: comunicación que era el principal fomento de la guerra. El general conde de Noroña, con unos doce mil hombres y algunos pertrechos desembarcados por los ingleses, había formado en Vigo un establecimiento formidable. El marqués de La Romana, trasladado de Asturias á Galicia con sus oficiales y alguna tropa escogida, se había establecido en Orense después del movimiento del mariscal Soult sobre Lugo, y su actitud era amenazadora. No habiendo de permanecer los dos mariscales reunidos, era indispensable desalojar de aquellas dos ciudades á los que capitaneaban la sublevación, reservándose el encaminarse después adonde juzgaran más conveniente y conforme con sus instrucciones. Por otra parte al mariscal Soult le dejaban sus

(1) Refiero aquí exactamente lo que informaron al ministro de la Guerra los ayudantes de campo comisionados para enterarse de lo que ocurría. (N. del A.)

instrucciones gran lentitud para obrar, porque además de aquellas en que se le mandaba conquistar á Portugal y unirse luego con el mariscal Víctor en Andalucía, había recibido otras. Pero en vez de hallarse ya en Lisboa ó Badajoz, se hallaba en Lugo, es decir, en el mismo punto de donde había partido, y como Napoleón no podía haber previsto este resultado, nada le había prescrito para el caso impensado de su retroceso á Galicia. Estaba, pues, en completa libertad de hacer lo que mejor le pareciese; pero tenía una propensión visible á dirigirse por Castilla la Vieja, hacia Zamora y Ciudad Rodrigo, sobre la frontera oriental de Portugal, ya por imaginarse menos lejano del país que debía haber conquistado con ir marchando por su límite, ya porque no lisonjearse mucho su ambición el permanecer como confinado en Galicia, cumpliendo un encargo particularmente confiado al mariscal Ney, ya finalmente porque le disgustasen las especies que en su animado y malévolo lenguaje, escandaloso muchas veces, vertían los soldados de los dos cuerpos de ejército cuando estaban juntos. Manifestó en consecuencia al mariscal Ney su intención de trasladarse á Zamora para verificar en Castilla un movimiento análogo al que los ingleses proyectaban al parecer hacia el Sur de Portugal, revolviendo desde el Miño al Duero, y de aquí al Tajo. No era esta resolución enteramente infundada, aunque nada pudiera aún afirmarse respecto del movimiento de los ingleses hacia el Mediodía de Portugal, y fuese por esto lo más urgente batir al enemigo que teníamos delante, no fuera á suscitarse en la costa de Galicia una situación sumamente crítica. Los ingleses, según el paso lento que llevaban, no podían llegar al Tajo antes de un mes ó dos, como lo probaron después los acontecimientos; en ese tiempo bien podíamos acabar con sus establecimientos en Galicia y ponernos luego en el Tajo por Zamora y Alcántara. Hasta debía quedarnos lugar para rehacerlos y descansar algunos días.

Sin embargo, el mariscal Soult, para corresponder á los deseos y buenos oficios de su compañero de armas, convino con él por medio de una estipulación escrita en que harían ambos una expedición á Galicia para acabar con los dos focos sublevados, después de lo cual se separaría Soult de Ney para encaminarse á Castilla la Vieja por la Puebla de Sanabria y Zamora. Fué su convenio que el mariscal Soult, que se hallaba en Lugo, bajaría por el valle del Miño á Monforte de Lemos, Orense y Ribadavia, hasta que encontrase al marqués de La Romana y le derrotase; que el mariscal Ney, protegido por su flanco izquierdo con este movimiento, haría evacuar á Santiago de Compostela, y se encaminaría en seguida al litoral para embestir las formidables obras de defensa levantadas en Vigo por los ingleses y españoles. Después que el mariscal Soult hubiese hecho practicable con la derrota del marqués de La Romana la difícil operación que el mariscal Ney debía intentar contra Vigo, podría volver á subir por Valdeorras á la Puebla de Sanabria y Zamora. Firmado que hubieron los dos mariscales este convenio el 29 de mayo en Lugo, separáronse para empezar cuanto antes las operaciones que habían concertado.

Dejó el mariscal Soult á Lugo en 2 de junio después de haber hecho todos los preparativos necesarios para emprender la marcha á Zamora, y adelantóse hacia

Monforte, de donde huyó el marqués de La Romana bajando á Orense. Llegando el 5 á Monforte, detúvose, y en vez de seguir bajando por el valle del Miño hasta Orense, según quedaba convenido con Ney, dirigió sus reconocimientos al curso superior del Sil, que es uno de los ríos tributarios del Miño, hacia la Puebla de Sanabria y Zamora. No era esta la vía de Orense; sin embargo, permaneció en Monforte en una especie de inmovilidad.

El mariscal Ney por su lado salió de las cercanías de la Coruña con diez y ocho batallones, encaminóse á Santiago y los sublevados huyeron al aproximarse. El 7 de junio se trasladó á Pontevedra, orilla del mar. Para llegar á Vigo era preciso costear una infinidad de pequeños golfos cubiertos de cañoneras inglesas y desfilar bajo sus fuegos: no era este en verdad suficiente motivo para detener al intrépido mariscal; pero al llegar cerca de Vigo encontró una posición que la naturaleza y el arte habían hecho de consuno formidable, porque había que atravesar un riachuelo sin puente y cercano á la marina, y que asaltar después trincheras que artillaban sesenta bocas de fuego de grueso calibre y con las cuales se amparaban miles de marineros ingleses unidos á doce mil españoles; y si bien podía ceder una posición semejante al ímpetu del mariscal y de sus soldados, lo regular era perder en la demanda mucha gente, se corría además el riesgo de no salir con ella, y por último, era menester contar con una seguridad completa de que durante aquella temeraria tentativa, no nos acometería de improviso por el flanco ó por la espalda el marqués de La Romana, el cual, si era poco temible en situaciones ordinarias, lo sería mucho estando nosotros ocupados en tomar reductos á los ingleses. El mariscal Ney, que sabía que Soult estaba en Monforte y el general La Romana en Orense, aguardaba un movimiento del primero contra el segundo para comenzar su peligrosa empresa; y estuvo así esperando hasta el 10 el cumplimiento de la palabra dada, desecho con razón de que quedase ahuyentada la hueste de La Romana antes de atacar á Vigo (1).

Pero en esta expectativa recibió por conducto del general Fournier, á quien había dejado en Lugo para arreglar ciertos pormenores, un aviso que le hizo proceder con gran desconfianza respecto de su colega y con gran circunspección con el enemigo: dos sentimientos muy ajenos de su carácter confiado y temerario. El general Fournier había llegado á ver en manos del general Rouyer, que había quedado también en Lugo cuidando de los heridos y enfermos del ejército de Portugal, instrucciones secretas del mariscal Soult mandándole que así que se hallasen en estado de poder marchar los inutilizados puestos á su cuidado, los encaminase directamente á Zamora, encargándole muy particularmente que no confiase esta orden á nadie y

(1) El mariscal Ney quiso atravesar el Miño, contra la división del conde de Noroña que le defendía, y en el puente de San Payo sufrió en los días 7 y 8 una considerable pérdida, en términos que el día 9 al amanecer se retiró á las calladas dejando á los españoles vencedores en el campo. La acción del puente de San Payo fué sin duda alguna gloriosa para nuestras armas, pues en ella se acreditaron juntamente el valor de nuestros soldados y la pericia del teniente coronel Castellar, que formó de prisa con barcas y tablazón un puente á vista del enemigo. (N. del T.)

menos aún al mariscal Ney (2). Al saber esta disposición, que habría parecido muy natural si no hubiese sido secreta, puesto que Zamora era el objeto definitivo del mariscal Soult, el mariscal Ney creyó haber sido engañado y vendido; y viendo además que el mariscal Soult se detenía en Monforte en vez de bajar á Orense y ahuyentar á La Romana, juzgó sin titubear que su compañero faltaba voluntariamente á la promesa que le había hecho. Resolvió antes que romper con él escribirle una carta dándole parte de la situación peligrosa en que se hallaba: hízolo así con fecha del 10 de junio, añadiendo que contaba todavía con el cumplimiento del plan concertado; pero que, si contra toda probabilidad abandonaba aquel proyecto, le rogaba se lo hiciese saber, porque la detención delante de Vigo con la libertad que tenía el enemigo de poder desembarcar por Orense sobre su flanco, le ponía en un riesgo inminente.

Esperó en vano algunos días el mariscal Ney la contestación á su carta, maravillado del silencio de Soult, hasta que viendo que la posición de los ingleses en Vigo se fortalecía cada día más, y temiendo que si él debilitaba sus fuerzas para tomarla pudiesen todos los sublevados acometerle de repente, dificultándose su regreso á la Coruña, retrocedió sobre Santiago poseído de una ira que apenas podía encubrir. Supo allí que el mariscal Soult, lejos de bajar el Miño, había por el contrario subido por sus confluentes arriba en dirección de Zamora por la Puebla de Sanabria; en efecto, impaciente aquél de dejar á Galicia por Castilla la Vieja, después de haberse detenido en Monforte hasta el día 11, se había puesto en camino para atravesar las montañas que dividen las dos provincias. Repelió al general La Romana que había querido detenerle en su marcha, y con esto creyó haber hecho lo bastante para llenar sus compromisos, cuando con batir al general español en la parte superior de los ríos tributarios del Miño no hacía más que ahuyentarlo hacia la parte inferior de este río, es decir, hacia Orense, donde cabalmente se había pactado no dejar que se estableciese. Creyendo haber cumplido con su colega, tomó la vuelta de Zamora sin dar respuesta alguna á la carta de aquél. Considerando Ney aquel silencio, la marcha sobre Zamora y el secreto recomendado al general Rouyer como pruebas inequívocas de una conducta desleal, se entregó á una violenta cólera; hallábase en una posición de las más críticas, porque no bien había resuelto Soult entrar en Castilla, acudió La Romana á Orense, y como podía incorporarse con el conde de Noroña, la permanencia delante de Vigo se hacía sumamente peligrosa. Interceptadas repetidas veces sus comunicaciones con el reino de León y Castilla la Vieja, mientras se hallaba como bloqueado en el litoral, debía el mariscal Ney contar con que iban á quedar mucho más comprometidas todavía ahora que los insurgentes, alentados con la aproximación de los ingleses y con la retirada de Soult, iban á dominar toda la comarca y probablemente á revolver de Orense á Lugo para ocupar sólidamente la posición decisiva que esta ciudad ofrecía para atajar completamente la vía de la Coruña á Bena-

(2) Reproduzco el contenido de un informe del general Clarke, ministro de la Guerra, á Napoleón. (N. del A.)

vente. Si cuando sólo recorrían aquel país unas pocas partidas diseminadas había sido preciso emplear toda la división Maurice-Mathieu, poniéndose en comunicación con el general Kéllermann, para restablecer el paso á León y Castilla, ¿qué no sucedería una vez establecidos con huestes numerosas en Lugo los dos generales La Romana y Noroña reunidos? Otro peligro podía surgir además, capaz de hacer temer otro desastre como el de Bailén. Los ingleses al llegar al Miño podían elegir entre dos partidos: ó renovar la campaña del general Moore y dirigirse á Castilla la Vieja, ó revolver al Mediodía de Portugal sobre el Tajo. Si tomaban el primero y se encaminaban á Castilla, el mariscal Ney con diez ó doce mil franceses contra veinte mil ingleses y cuarenta ó cincuenta mil españoles, era perdido. Mas érale insoportable la idea de capitular como el general Dupont, y de ponerse en salvo sacrificando la artillería como había hecho Soult, y resolvió evacuar á Galicia. Esta determinación, aunque grave y ocasionada á enojosas consecuencias, era fundada, y motivada además con instrucciones frecuentemente repetidas, porque tanto José como Napoleón, que censuraban el temerario arrojo con que se establecía en las costas cuando sus espaldas no estaban suficientemente cubiertas, le habían escrito que antes de dedicarse de un modo exclusivo á sojuzgar el litoral, debía procurar tener seguras las comunicaciones con Castilla. Cuando el mariscal Soult se hallaba en Portugal podía mirarse como un deber de buen compañero el mantenerse en Orense y Títy; pero ahora que Soult lo había abandonado, ya no había razón para continuar en Galicia expuesto á toda clase de peligros, y principalmente el de verse envuelto por los ingleses y españoles reunidos.

Al tomar Ney la resolución de evacuar á Galicia, sólo sentía dejar la Coruña y el Ferrol. Pero los españoles, tan orgullosos con sus establecimientos marítimos, no eran capaces de abandonarlos á los ingleses, y además para mayor seguridad dejó en los fuertes del Ferrol una guarnición francesa bien provista de todo. Hecho esto, enviando por delante todo su material de guerra, sin dejar á merced del enemigo enfermo ó herido ninguno, subió lentamente hacia Lugo, tomando al paso todas las posiciones de los sublevados y pasando á cuchillo á cuantos osaron hacerle frente. Llegado que hubo á Lugo, recogió todos los enfermos que había dejado el mariscal Soult y los condujo con los suyos á Astorga, donde llegó en los primeros días de julio sin haber perdido un solo hombre ni un solo cañón. Ocupóse allí en reorganizar y rehacer su cuerpo. En el momento de llegar á Astorga entraba en Zamora el mariscal Soult.

La exasperación de Ney se había comunicado á sus soldados, á tal punto, que los edecanes del ministro de la Guerra enviados á reconocer el hecho informaron que era sumamente peligroso dejar los dos cuerpos uno cerca de otro. Cundían en Astorga los más ofensivos insultos contra el mariscal Soult y su ejército, al cual se achacaban todos los infortunios de aquella campaña, culpándole de que al partir hubiese pasado por Orense sin batir á La Romana, á quien había impelido sobre las espaldas del mariscal Ney, y de que al volver se hubiese clandestinamente retirado á Castilla dejando otra vez á Ney en Galicia expuesto á toda clase de ries-

gos, cuando precisamente éste le tendía la mano para destruir á La Romana juntos. Escribió Ney al rey José y al mariscal Soult cartas en sumo grado ofensivas para este último, en las que decía: «Si yo hubiera querido resolverme á salir de Galicia sin artillería, bien hubiera podido continuar allí más tiempo con riesgo de verme bloqueado; pero no he querido exponerme á salir de semejante manera, y he hecho mi retirada llevándome mis heridos y enfermos, y aun los del mariscal Soult, que han quedado á mi cargo.» Añadía con respecto á este mariscal que cualesquiera que fuesen las órdenes del emperador, estaba resuelto á no volver con él.

Indispensables son estos tristes pormenores para que se comprenda cómo se conducía la guerra de España, y hasta qué punto, dando Napoleón á sus operaciones una latitud á que no podía alcanzar su vigilancia, las abandonaba á merced del acaso y de las pasiones, exponiendo á sus heroicos soldados á parecer inútilmente cuando tan necesarios iban á ser en breve para la defensa de nuestra malhadada patria. Mientras el mariscal Ney estaba en Astorga dando á la cólera que le dominaba el desahogo propio de su natural vehemente, ejemplo que por desgracia imitaban sus soldados, el mariscal Soult, establecido poco distante de allí, en Zamora, estaba como lleno de pesadumbre, profundamente abatido y sin cesar preocupado. Así al menos pintaban el estado de los ánimos entre los dos mariscales los oficiales encargados de informar al ministro de la Guerra (1).

El rey José, á quien llegaban siempre las noticias con mucho retraso, sólo supo la evacuación de Portugal, la de Galicia y la indisposición de los dos mariscales un mes después de haber ocurrido, y se apesadumbró sobre manera porque las consecuencias de estas tres desgracias eran fáciles de prever. Desde entonces no pensó más en activar la invasión de Andalucía por el mariscal Víctor; detúvose por el contrario en el Tajo, entre Almaraz y Alcántara, para hacer cara al general Cuesta caso de que éste quisiese repasar aquel río, ó bien á los ingleses si intentaban dirigirse río arriba desde Lisboa á Extremadura. Habíanse desvanecido los magníficos ensueños del mes de abril, inspirados por las victorias de Medellín y Ciudad Real, y había ahora que ceñirse á repeler cualquier ataque que pudiese amagar y á aprovechar sus resultados, si en él vencíamos, para restablecer la situación tan gravemente comprometida. La noticia de la batalla de Essling recibida en aquella sazón, no era de índole que pudiese embellecer el cuadro sombrío que de los negocios actuales trazaba la corte de Madrid. Sin embargo, los tres cuerpos reunidos de los mariscales Ney, Mortier y Soult, pudiendo suministrar más de cincuenta mil hombres en cuanto hubiesen descansado de sus fatigas, eran suficientes, bien conocidos, para repeler á la mar á todos los ingleses de la península. Pero para esto habían de estar bien regidos y por una sola diestra, cosa que no se podía esperar en el estado presente.

En esta situación llegó de Schoenbrunn un despacho bajo todos aspectos imprevisto, emanado del mismo Napoleón, que suministraba una nueva prueba de lo

(1) Estos informes pintan la situación de los dos ejércitos con colores mucho más vivos que los que aquí empleo; pero la dignidad de la historia exige moderarlos. (N. del A.)